# Un catedrático (Parte I)

María Laura Sandoval

# Capítulo 1

**Un catedrático**
(Parte I)

Esperar ese segundo de conexión, entre cientos de segundos, aguardar por esa milésima de tiempo y espacio en que toda la energía propia se engancha a la energía de ese otro universo.
Podría ser cualquiera de las personas que van caminando por las veredas y los parques, o quizás algunas de esas otras que se tumban en el sillón a relojear un libro por tercera vez... Un domador de leones, un cirujano dental, una enfermera, una oficial de la policía federal, un pintor que se encuentra exponiendo en París por primera vez, una niña bien, un desconocido, una extraña. Para cada uno de nosotros hay alguien sin nombre aun, que sin siquiera pensarlo descansa para confrontarnos, para cachetearnos el alma, en una escena que cambia de tiempo, de personajes, pero que en esencia es siempre la misma, la misma necesidad vieja de riesgos y ternuras, de calambres y satisfacciones.
Es un absorber del aire, despreocupado, distraído, y ahí está, la historia se repite, y en el juego de la mente todo pasado empieza por desaparecer, la cruel manera en que el cerebro va a engañarnos para patear los recuerdos que aun duelen, y deshacerse de ellos a nuestras espaldas. Y así todo volverá a iniciarse.
Esa es mi versión de los hechos referidos a enamorarse. A veces se conjuga con el amor, y otras con el desconcierto. De eso quería que hablemos.

B: La trampa está en la química, no hay tal situación, perdonen los esperanzados. Solo existe la alquimia de los constructores, quienes llegan a entender la transformación, quienes manejan en una mano apretada la síntesis del amor: Esto que soy va a transformarse con vos en algo mejor, a cada momento, en el encuentro, en la distancia, la tristeza, la belleza, la vida y la muerte

Lo vi, en su vejez, las personas que se aman siguen transformándose, como un ejercicio constante y necesario, ningún pedazo de aire que respiran es el mismo que el anterior, se mueven en el tiempo y construyen en el alma del otro y dejan construirse con total confianza y entrega, suave, no existen el desespero. Son miradas quietas, silencios que llenan cualquier pedazo del cuerpo. Transformaron el deseo en una fusión, las palabras en fortalezas, el sexo en vida, la vida en viaje, el viaje en paraíso, la muerte en un simple descanso.
B: La química mi querida, como explicación científica de una cuestión sentimental, es tan descabellada como para llevar a un laboratorio de Ciencias, a un Dios creador. Es agua y aceite, no?. Pero parece que a nadie le importa la diferencia entre estas cosas. Hoy nadie se detiene.

Le leía a mi hijo las frases de Antoine de Saint-Exupéry: "detente a oler las flores". Sabés lo que significa? no habla de la reacción química del cerebro, él cuenta sobre la decisión de transformar una flor en una experiencia, él habla de la alquimia con que una persona con alma transforma el mundo. Su propio mundo, porque la flor seguirá igual, aunque nos detengamos o no, a apreciarla.
Yo: Su hijo, al menos, lo entendió?
B: No hace falta esperar el resultado, todo se transforma. El error es esperar un resultado, aguardar como si fuéramos el público exigente de la vida, obligar a la fuerza de la vida para que nos muestre que hemos "logrado" algún cambio.
¿Y que cambio nos va a mostrar la vida?, como si fuese un comercio... La vida pulsiona desde dentro, desde cada uno, y lo que va a cambiar somos nosotros, es de lo único que somos dueños. Ni siquiera somos correctores de nuestros hijos, ellos tienen sus sentimientos, sus pulsiones propias, que no van a amarrarse a las nuestras, ese tipo de "respeto sentimental" no existe.
En el amor de padres, como el de pareja, no hay que esperar un resultado, hay que amar con coraje, sabiendo que cambiamos nosotros. El otro, esa otra persona no esta obligada a hacer nada con lo que le damos, su pulsión es independiente, desprendida de la nuestra. Es necio desear ver resultados de lo que hacemos nosotros, en otras personas. No existe tal cosa, ese es un dogma cultural, mucho más viejo que yo.
Los ví, fui testigo. Ellos no necesitaban miradas amorosas, él respiraba profundo, y desde el otro lado de la habitación comedor, ella respondía a ese suspiro: Ya estoy acercándote el té.
No lo decía con cansancio, ni con bohemia locura enamorada, lo decía con placer y paz, como si no hubiera belleza más grande en este universo que preparar un té.
Mientras ella caminaba hacia la cocina, él me pedía que lo acompañe al jardín porque las plantas necesitan tomar agua, de la misma manera que ella, él usaba un tono de voz que no era el de las películas de amor, ni el de las comedias italianas, era el tono de un verdadero alquimista. Él regaba las plantas por el placer de la transformación de ese ratito:
B: Cuando riego las plantas, disfruto mucho del olor de la tierra mojada y del perejil que alborota todo el jardín con el olor. El perejil no esta obligado a complacerme, pero igual lo hace, sin saber que tan feliz me hace. Mi mujer adora sentarse en estas sillas después de que yo riego las plantas porque se refresca este lugarcito. Y yo soy feliz porque disfrutamos el olor del perejil juntos, y el té que tomamos absorbe incluso en la boca el sabor del aroma del perejil. Este patio después de regarlo, queda encantado, pero de magia. -se ríe, no de chiste, sino de felicidad-
Tengo tanto miedo a que todo lo él diga sea verdad, porque si fuese cierto, una verdad común, un manual para que cobardes como yo entiendan del riesgo que supone amar, entonces, sería un golpe, un shock, un cambio radical de todas mis creencias.